

MIENTRAS ESPERAS A GODOT

UN VIAJE HACIA LA CLARIDAD

Eduar Garza



Introducción

Tuve la fortuna de encontrar, a lo largo de mi trayectoria académica, a grandes profesores. Algunos fueron, además, verdaderos maestros. Los hubo en todas las etapas de formación, no solo en los comienzos. Aunque es cierto que esos primeros estadios son los más determinantes, pues en ellos se colocan los cimientos de todo lo que vendrá después.

Durante aquellos años de la EGB, además de los libros de texto habituales, teníamos un pequeño tesoro: el libro de lecturas *Senda*. Se trataba de una antología cuidadosamente adaptada a nuestras edades, que reunía fragmentos de obras clásicas, modernas e infantiles. Recuerdo haberlo sentido entonces como una puerta abierta al placer de leer, una manera eficaz y hermosa de introducirnos, casi sin darnos cuenta, en la literatura.

Si a esa semilla se une un buen maestro, entonces se produce algo extraordinario: nace el gusto por el conocimiento, el deseo de saber más, el placer de aprender. Y, en mi caso, ese terreno fértil encontró su mejor momento entre sexto y octavo de EGB, de la mano de don Manuel Muñoz en

la asignatura de Lengua y con el apoyo de otros docentes inolvidables, como don Gregorio Gullón, don Jesús Gallego y tantos más que formaban un equipo comprometido con la enseñanza y la sensibilidad pedagógica.

A mi memoria vienen aquellas pequeñas representaciones teatrales en el aula, montadas por grupos de alumnos que dramatizábamos pasajes de narrativa o teatro. Entre todas, dos han perdurado con especial fuerza. La primera, simpática y memorable, fue una escena del «Licenciado Vidriera», de las *Novelas ejemplares*, de Cervantes, donde aparecía el inolvidable Dómine Cabra: un maestro tan pobre como severo, tacaño hasta lo grotesco, que apenas alimentaba al joven Tomás Rodaja. Su figura, entre la caricatura y la crítica social, quedó grabada en mi mente como símbolo de una austeridad extrema y una educación que parecía castigo.

La segunda representación fue *Esperando a Godot*. No la recuerdo por su ritmo o su entretenimiento, sino por su atmósfera: una espera vacía, inerte, existencial. Una espera sin propósito claro, como principio vital. Tanto me impactó que, desde entonces, cuando alguien me hablaba de personas abúlicas, sin impulso, sin horizonte y preguntaban: «Y este, ¿qué hace?», yo respondía casi de forma automática: «Está esperando a Godot».

Convertí esa respuesta en una fórmula crítica, casi una clave personal: nombrar así a quien vivía sin propósito me parecía retratar una existencia suspendida, silenciosamente trágica. Siempre consideré que vivir sin propósito es una forma dura de estar en el mundo, una vida no necesariamente dramática por fuera, pero sí devastadoramente vacía por dentro. Para algunos, puede parecer una existencia relajada y sin sobresaltos. Para mí, nada más lejos: me resulta una forma de muerte en vida.

Por eso, al buscar un título para este libro, supe que debía ser *Mientras esperas a Godot*. Porque este libro, si algo quiere ser, es eso: un cuaderno de bitácora existencial, escrito no para enseñar, sino para invitar a pensar; no para afirmar certezas, sino para provocar preguntas sobre la vida, su sentido y el mundo que habitamos o, al menos, aspiramos a habitar.

Aunque he dividido el libro en dos grandes bloques (*res publica* y *res privata*), que sería aconsejable respetar, no tiene un orden estricto de lectura. Cada capítulo puede leerse como un episodio autónomo, una pequeña estación en el camino del pensamiento. Solo me permito una sugerencia al lector: deje para el final el capítulo titulado *Esperando a Godot*, que funciona como una conclusión abierta, más cerca de la intuición que del cierre.

Recuerdo también, ya en mi etapa como docente, la observación que me hizo un alumno durante un comentario de texto. Con esa franqueza desarmante que a veces solo los jóvenes se permiten, me dijo: «Se nota perfectamente cuándo te apasiona el tema y cuándo no». Y tenía razón.

Con voluntad o sin ella, volcamos más alma en aquello que nos conmueve y ofrecemos una energía distinta —más luminosa, más viva— cuando el contenido nos toca en lo profundo. No es que se descuide lo que menos se ama, sino que, simplemente, lo que amamos nos arrastra hacia una entrega más plena, más involuntaria y sincera.

Este libro no es una excepción. Estoy convencido de que el lector advertirá, casi sin proponérselo, qué capítulos son los que arden más cerca del corazón y cuáles funcionan como piezas necesarias para completar un sentido más amplio. Algunos se mostrarán con voz confesional, más próxima,

más expuesta. Otros se sostendrán desde un tono más distante o analítico. Pero incluso esa distancia, a veces necesaria, forma parte de esa misma voz que me define: una voz que no disfraza sus imperfecciones ni las pule para parecer perfecta, porque no hay verdad en el texto que nace desde la estrategia del disimulo.

Lo que puede parecer impersonal es, muchas veces, solo una forma más honesta de estar presente. Y ese equilibrio entre cercanía y contención —entre emoción y estructura— es también parte de mi forma de pensar y de escribir.

Al final del libro, he incluido una sección que lleva por título «Guía del desconcierto», escrita desde una poética irónica —y, espero, profundamente beckettiana—. Es una especie de brújula simbólica para orientarse en medio del absurdo, una forma de leer entre líneas el diálogo entre este libro y *Esperando a Godot*, entre la reflexión social y el vacío, entre el pensamiento y la espera.

Ojalá estas páginas sirvan, al menos, para despertar una inquietud, abrir una puerta, sacudir una certeza o acompañar una duda. Si algo de lo aquí escrito logra invitar a mirar el mundo con más profundidad, o incluso con más compasión, entonces este libro habrá cumplido su propósito.

Prólogo

La existencia es, sin duda, un viaje fascinante y complejo. Desde que el ser humano adquirió conciencia de sí mismo, ha tratado de entender el mundo en el que le tocó vivir. Pero esta tarea, en apariencia sencilla, esconde trampas y peligros sutiles que permanecen constantes a través de las épocas.

Cambian los escenarios, cambian las vestiduras, las tecnologías avanzan y se renuevan los decorados; pero el núcleo duro de la condición humana permanece intacto, repitiendo sin pausa las mismas luchas, dilemas y esperanzas.

Este libro nace de la necesidad profunda de revelar estas constantes, de explorar aquellas verdades que permanecen ocultas bajo la superficie cambiante de las modas y las épocas.

No es un compendio teórico ni una fría enumeración de acontecimientos históricos. Es, sobre todo, una visión práctica y reflexiva para navegar en esta jungla humana que es la vida cotidiana.

Porque el conocimiento de las fuerzas que nos condicionan, de los peligros que nos acechan y de los recursos que podemos utilizar para hacerles frente es la única brújula capaz de orientarnos en un territorio que a menudo se nos presenta hostil y confuso.

A lo largo de estas páginas encontrarás un recorrido por temas esenciales, antiguos y actuales al mismo tiempo, en un viaje que atraviesa épocas, culturas, teorías y pensamientos diversos.

Exploraremos las raíces históricas y psicológicas de fenómenos como la religión y su influencia sobre nuestra conducta social, la eterna lucha entre ética y poder, la dinámica del comportamiento colectivo y la inquietante persistencia de la corrupción y la mediocridad en la vida pública.

También abordaremos la esencia misma del ser humano en relación con su identidad, el ego y la constante lucha por afirmarse en un mundo lleno de expectativas externas.

Pero este recorrido no estaría completo sin una reflexión sobre cuestiones fundamentales: la muerte, que lejos de ser el final, es también el umbral de una vida plena si sabemos comprender su significado; la dualidad entre la guerra y la paz y cómo prepararse para la batalla es, para muchos, una forma de defender la armonía; la suerte, que no es un capricho del destino, sino el resultado de nuestra propia acción y esfuerzo; y la perfección, cuya búsqueda obsesiva nos paraliza más de lo que nos impulsa.

Nos detendremos también en una de las trampas más insidiosas de la sociedad: la pobreza, no solo como una condición económica, sino como un sistema que perpetúa la necesidad y el consumo inmediato, impidiendo la verdadera emancipación.

Nos preguntaremos dónde trazar la línea entre la utopía y la realidad, entre los sueños que nos impulsan y las barreras que nos limitan, los pecados capitales, el apocalipsis, la maledicencia, sobre la madre naturaleza y nuestra relación con ella.

También hay palabras que, lejos de construir o acercar, desgastan y hieren. Por eso, dedico un capítulo a la maledicencia, esa sombra que a veces nace del lenguaje y que puede dañar profundamente en cualquier rincón de la vida.

No podía olvidarme de un tema esencial, a menudo malinterpretado: la valentía de pedir ayuda, de reconocer la propia vulnerabilidad como un acto de fortaleza y no de debilidad.

Cada capítulo es una exploración, un acto de reconocimiento en esta jungla humana en la que habitamos. Desde la sabiduría profunda de Maquiavelo sobre la naturaleza del poder hasta la lucidez trágica de los antiguos dramaturgos griegos que captaron de modo magistral las pasiones y contradicciones humanas.

Nos acercaremos al espejo de la tragedia clásica para descubrir que en ella se reflejan nuestras propias incertidumbres, miedos y anhelos.

Asimismo, nos detendremos a considerar la trascendencia del libre albedrío, la importancia crucial de la ética auténtica y cómo la asertividad es un elemento fundamental para construir una convivencia más armoniosa y enriquecedora.

Pero no se trata solo de analizar o describir. Este libro aspira también a ofrecer herramientas prácticas y concretas que nos permitan transformar nuestras vidas, enfrentando el caos existencial y social con serenidad y lucidez.

Para ello, recuperamos enseñanzas valiosas como las de Maquiavelo, Sartre, Nietzsche, Freud o Beckett, entre otros muchos, que supieron iluminar, desde distintas perspectivas, algunos de los rincones más oscuros y complicados de nuestra naturaleza.

Finalmente, este libro es también un acto de esperanza. Aunque los ejemplos históricos puedan sugerirnos que la humanidad está atrapada en un eterno retorno, este conocimiento no pretende llevarnos al pesimismo o a la resignación, sino todo lo contrario: busca ofrecernos herramientas para enfrentar con inteligencia y optimismo los desafíos cotidianos y para construir, día a día, un mundo mejor.

Porque solo el conocimiento profundo y la conciencia despierta nos permitirán dejar atrás la jungla del miedo y la confusión, acercándonos paso a paso a un horizonte donde, quizá, Godot finalmente haga su esperada aparición.

ACTO PRIMERO:
RES PUBLICA

La vaca, el cerdo y la religión

Esperamos ser salvados.

SAMUEL BECKETT, *Esperando a Godot*, acto I

A lo largo de mi vida me pregunté cuál era el motivo por el que los indios no se comían la vaca en los momentos de mayor hambruna y desesperación. El hinduismo considera a la vaca la encarnación de todos los dioses y símbolo de fuerza, abundancia, maternidad, fertilidad y una vida plena.

Pero eso cambió cuando a poco de alcanzar la mayoría de edad leí el libro del antropólogo Marvin Harris *Vacas, cerdos y brujas: los enigmas de la cultura*.

Harris argumenta que las vacas tienen un valor económico crucial en las comunidades rurales de la India. Son esenciales para la subsistencia de la población, aunque no sean consumidas como carne:

-
- Las vacas proporcionan leche, fuente importante de proteínas y nutrientes.
 - Los machos de las vacas son imprescindibles para arar campos y otras tareas, lo que en un sistema agrícola que se basa en la tracción animal los convierte en animales imprescindibles.

El estiércol de las vacas es un recurso que se utiliza como fertilizante natural para enriquecer los campos y, además, como combustible para cocinar usándose en forma de tortas de estiércol seco.

Marvin Harris destaca que el sacrificio de vacas sería insostenible a largo plazo. El ganado es la piedra filosofal para el mantenimiento del ciclo agrícola y ecológico y el sacrificio de las vacas sería incompatible con la sostenibilidad en donde la agricultura es fundamental.

El cuidado de las vacas ayuda a preservar una estructura económica y social basada en el cultivo de la tierra.

Las vacas en las áreas urbanas y rurales también desempeñan un papel importante al limpiar las calles y los campos de residuos orgánicos. Se alimentan de restos de cultivos, hierba y desperdicios vegetales y, de no ser así, estos restos podrían acumularse y convertirse en un problema sanitario. Esta función contribuye a la higiene pública y la gestión de desechos.

Esta circunstancia —consumen estos residuos y producen estiércol que es usado como fertilizante y combustible— contribuye a la sostenibilidad al reutilizar y reciclar materiales que serían desperdiciados.

La prohibición religiosa de matar vacas es una estrategia cultural para proteger estos animales de ser consumidos en

tiempos de hambre. Coincido con Harris en que las prohibiciones religiosas nacen de la necesidad de impedir su sacrificio, como recurso vital para la economía y la supervivencia de las comunidades rurales.

Al igual que la religión prohíbe comer vaca en la India, el consumo de cerdo está prohibido en ciertas religiones del Medio Oriente y el norte de África, específicamente en el islam y el judaísmo.

Marvin Harris, en el mismo libro, relata que los cerdos no son adecuados para el entorno natural del norte de África y el Medio Oriente por su clima árido y caluroso. Los cerdos, a diferencia de lo que sucede con las cabras, las ovejas o los camellos, no se adaptan para sobrevivir en esas regiones:

- Requieren grandes cantidades de agua y sombra, los recursos son muy limitados y valiosos en esos entornos. La cría de cerdos es insostenible.
- Las tierras son más aptas para la cría de animales que pueden alimentarse de vegetación escasa o pastos secos y los cerdos necesitan alimentos vegetales más específicos.
- Los cerdos también compiten con los humanos por alimentos que podrían ser usados también por las personas.

Los cerdos tienen la reputación de ser «impuros» en estas culturas en parte porque pueden portar enfermedades que se transmiten a los humanos, como la triquinosis. Las tradiciones religiosas del islam y el judaísmo desarrollaron fuertes leyes dietéticas en contra del consumo de carne de cerdo.

El fondo de la cuestión es que, en su origen, las religiones funcionaron como salvaguarda del bienestar de las poblaciones, estableciendo unas pautas de comportamiento compatibles con la supervivencia y el bienestar propio y del grupo social de referencia.

Cuanto más primitivo es un pueblo, más primarios son sus comportamientos y no sería de extrañar que en situaciones de desesperación se cometieran actos como el sacrificio de la vaca y el consumo de su carne, lo que garantiza un breve tiempo de saciedad y alimentación para dar paso a la consiguiente catástrofe.

Pero ¿cómo convencer a un indio, que sufre un hambre atroz, de que no sacrifique a su vaca? Lo único que lograba frenar ese apetito voraz era el castigo divino, el castigo de los dioses y las religiones lograron en gran medida solucionar ese problema.

Cuanto más primario es un ser humano, más necesaria es la religión, entendiendo la religión en su germen primigenio que tiene el objetivo de preservar la vida. Del mismo modo, cuanto más culto y preparado es un ser humano, menos necesaria es la religión porque su raciocinio e inteligencia le permitirán hacer lo correcto.

Los orígenes de las religiones tienen lugar en aquellos primeros grupos humanos en los que regían tres poderes. El primero de ellos es el de la sabiduría, encarnada en el más viejo o en el clan de los más viejos, que acaparaban más saber que el resto, por su experiencia.

El segundo de ellos era el que se encarnaba en el jefe militar, que en su aspecto primigenio era el más fuerte y que obtenía su respeto por el ejercicio de la fuerza y la imposición.

Finalmente, el tercero era la religión, encarnada en el brujo, en el chamán. Ese personaje al que Yuval Noah Harari le dedica tiempo en su libro *Sapiens*, en el que señala que los chamanes o brujos eran hábiles en usar explicaciones que mantuvieran su credibilidad.

Por ejemplo, si un sacrificio o ritual no tenía el efecto deseado, como invocar la lluvia o curar una enfermedad, el chamán podía justificar el fracaso diciendo que los dioses estaban enojados por algún pecado cometido por la tribu o que el sacrificio no fue suficiente y necesitaba más ofrendas.

Aunque la religión se base en premisas correctas y beneficiosas para sus creyentes, el mecanismo que las hace funcionar es la manipulación del individuo a través de un elemento mágico, el dios, y los perjuicios que conlleva contrariar al poder divino.

Harari argumenta que la capacidad del chamán para ofrecer estas explicaciones reforzaba su autoridad y mantenía la cohesión social. A través de un lenguaje persuasivo y creencias compartidas, el chamán podía convencer a la tribu de que el poder de los espíritus era real y que las dificultades eran simples pruebas o castigos divinos.

Y llegamos al mismo punto. El individuo bien formado, culto, con conocimientos, que ha estudiado y lo sigue haciendo a lo largo de su existencia, minimiza la necesidad de una religión y, por ende, minimiza también la posibilidad de ser embaucado por el chamán de turno.

Todas aquellas personas que intenten manipularnos lo harán en base a conceptos entendibles y necesarios para nosotros y buenos en sí mismos, beneficiosos para nosotros, pero siempre a cambio de algo.

Todos lo harán para obtener de nosotros lo que desean. Es importante darse cuenta de que nada es gratis. Todo tiene un precio y si no reconoces el precio es que el precio eres tú.

El chamán, el sacerdote, el pastor, destaca por entender a la perfección a su rebaño, su idiosincrasia, sus necesidades, sus anhelos, sus miedos y sus temores. Y eso no es algo que consigue por una simple observación, sino a través de un sofisticado mecanismo para obtener esa información.

Uno de esos sofisticados medios es la confesión auricular, en la que interviene un confesor, a quien se le relatan los pecados y este hace de intermediario con el dios para obtener la absolución tras un arrepentimiento y propósito de enmienda del pecador.

Este tipo de confesión se da en varias religiones como la de los católicos, luteranos (opcional), anglicanos (opcional), budistas, ortodoxos, hinduistas (opcional).

No es así en el caso de los judíos, protestantes, islamistas —puede haber confesión pública en casos graves— y el sijismo, por citar los más relevantes.

El mecanismo de la confesión auricular ante otro humano es una fuente de información inagotable, pero lo importante es que esos datos se refieren a los pecados, la debilidad, actos impuros y debilidades humanas.

El pastor lograba información privilegiada de primera mano que le confería una ventaja en la relación con su rebaño y la capacidad de manipular e influir en la conducta individual y grupal de todos ellos.

Hoy en día esos mecanismos siguen existiendo, pero han surgido nuevos modos para obtener de la gente los datos

que necesitamos y que, en estas nuevas religiones digitales relacionadas con la web y las redes sociales, es fácil obtener.

La religión, en gran medida, nació para preservar la vida, para protegernos de nosotros mismos, de nuestros instintos más destructivos. Y durante siglos funcionó.

Pero al igual que el chamán de antaño descifraba los anhelos de su tribu para controlar su destino, hoy los nuevos sacerdotes de lo digital leen nuestros deseos en datos, en patrones, en clics.

La tecnología ha convertido la confesión en un acto inconsciente, en una entrega voluntaria de nuestra esencia más íntima.

Antes temíamos al castigo de los dioses. Hoy tememos al olvido del algoritmo.

Los dioses antiguos prometían el paraíso a cambio de obediencia; los nuevos, a cambio de atención. Nos ofrecen un espejismo de libertad, cuando, en realidad, nos llevan de la mano por caminos trazados, predecibles, rentables.

Como el ganado que pasta sin saber que su destino ya está escrito, deambulamos por los templos virtuales dejando ofrendas de nuestra privacidad.

Pero hay algo que ni el chamán, ni el sacerdote ni el algoritmo pueden controlar del todo: el espíritu indomable de quienes se atreven a cuestionar, a aprender, a ver más allá del dogma y la pantalla.

Porque la verdadera libertad no está en la ausencia de religión ni en la desconexión total, sino en el conocimiento. En la capacidad de elegir, con plena conciencia, en qué creer, a qué temer y qué rechazar.

